

El testamen de Amelia

Carlos López Degregori

En alguna calle de Palermo está la casa de Amelia. Alguna vez fue blanca, custodiada por una verja azul y tres ficus colosales. Digo alguna vez, porque el olvido y la crueldad se han ensañado y ahora es la puerta trasera del infierno.

Me atraía el barrio. Bastaba salir con el ánimo dispuesto para que sin proponérmelo una fuerza oscura me empujara. Podía tomar cualquier dirección, perderme en el centro, matar la tarde con amigos; pero al final, como una justa victoria, terminaban por aparecer las enormes casas familiares. Entonces ocurría la gran transformación, respiraba distinto y por un rato todo era asombro.

Aprendí a conocer cada una de las puertas, la sombra de los ficus y cipreses, las siluetas y muebles que ocultaban veladamente las ventanas; los perfumes, olores de baños y cocinas; el ruido de las cañerías y conversaciones que a veces salían en tropel. Aprendí a identificar voces, distinguir a los intrusos, llamar por su nombre a los niños y animales. Pero sobre todo, me gustaba inventar historias para sus probables habitantes: amores en los que siempre languidecía una mujer, fantasmas que discurrían con un sonido de vendas y arrastraban con pavor una venganza. Tenía entonces dieciocho años y había optado por la literatura con pasión. Edad perfecta en la que aún se poseen creencias y uno tiene el talento guardado en el armario.

Supongo, Amelia, que ya me habías elegido. Bastó la iniciación porque una tarde me encontré ante tu casa. Impecablemente blanca, con la verja y ventanas azules, con ese estilo indefinido al que soy afecto y un candado que excluía a los extraños. No me costó imaginarla. Tendría cuatro habitaciones en los bajos incluyendo la cocina, una escalera estrecha que llevaba a un dormitorio irregular. Y por supuesto el jardín, anormalmente grande para la modestia de la casa, verde, con unos cuantos geranios y tres ficus enormes que debían ser el cielo de los ahorcados.

Puede que con el tiempo me equivoque. Los recuerdos se parecen a una ciénaga. Pero juro que sentada en la ventana, con los ojos vacíos en la calle, estaba esa tarde una mujer. No parecía tener más de treinta años: preñada, con el vientre voluminoso, miraba con esa fuerza torrencial que nos confunde o desarma.

II

Dejé de estudiar o leer. Me convertí en el asombrado. Mis amigos sospechaban que algo extraño sucedía. Me acosaron al principio, pero al fin aburridos dejaron de importunarme. Casi no aparecía por mi casa, apenas para comer o dormir. Pasaba las horas deambulando, agujoneado por la incertidumbre y el deseo, aguardando con pánico la cita.

Nunca falté y tampoco la mujer. Nos mirábamos unos pocos minutos y era como una batalla de vientos, como el ruido triste que hacen los muebles a la hora del amor. Jamás una seña, un mínimo gesto de reconocimiento. Luego ella se perdía en la penumbra hasta la tarde siguiente. Por la noche era el reino de la fiebre, de los insectos y el insomnio. Comencé a llamarla Amelia. Me masturbaba.

Toqué la puerta muchas veces. Fue inútil. Espié mañanas y noches enteras atento al menor cambio. Algo era cierto: excepto por las tardes la casa estaba vacía. Pero siempre quedaba esa zona de duda: cómo entraba la mujer, quién cuidaba el jardín, qué ritos y costumbres se repetían. Además estaba el orden minucioso, la sombra atravesada de presencias, el futuro niño. La casa no parecía

abandonada. Me sentí el sabio, el elegido, el dueño de un magnífico secreto.

Pensé en un recinto habitado por excéntricos, alguien que por una extraña culpa no podía salir. Pensé en enfermedades raras, en torturas sutiles y prisiones. Quise mil veces no regresar, pero la fascinación terminaba siempre por vencerme.

Si el amor ha existido alguna vez, entonces lo sentí. Una tarde comencé con los mensajes.

A los dieciocho años aún se confía en la palabra. Escribí poemas confusos que dejaba cuando Amelia había desaparecido, declaraciones pueriles, arrebatos, historias que diseñaban una vida probable. Casi siempre era el amante, el padre del niño que sería un monstruo o un santo. Otras veces era el guardián implacable que le negaba la salida. Inventé un lenguaje entonces, llegué a pensar que el niño nacería con dientes y hablando. Al día siguiente ya no estaban y temblaba imaginando que ella sonreía con aprobación. Tal vez pasaba toda la noche estrujando mis papeles, desnuda ante un sentido oculto que no le costaba descifrar. O inerte después de la lectura y el orgasmo, clavaba los poemas en la pared para que su sola presencia la trastornara.

Ha pasado el tiempo, pero quedan algunos versos como lo más cierto de esos años. Tienen poco valor:

*en su casa amelia
clavando precipicios
una alondra se pudre en la bañera*

o

*desconfía de la sombra
eres hermosa
como una joya entre madrastras*

Pero el amor y la literatura no soportan demasiado. Soy inconstante. Una tarde definitiva me cansé y decidí colgarla de los ficus.

III

Queda poco por añadir. Esta no es una historia deslumbrante, apenas una excusa a la hora de las confesiones. Abandoné la literatura y me casé, ahora tengo una hija a la que he llamado Amelia: pasión por la simetría, por un orden que a pesar de todo me reclama. Es duro reconocerlo pero no tengo talento. Varias veces quise volver a escribir, liberar a Amelia de su prisión, proporcionarle un destino que fuera asombroso y así pasar a la posteridad

insensato.

Pero a veces, cuando estoy aburrido o temeroso, cuando mi mujer agotada sirve su amor en un plato de coles, regreso a Palermo. Me cuesta distinguir la casa de Amelia entre pequeños talleres y academias. Ya no es blanca y ahora trabaja allí un dentista. Nunca me atrevo a entrar. Entonces me inunda la certeza y sé que jamás subiré por la escalera, jamás entraré a la habitación donde prendidos con clavos aún resplandecen como un triunfo inútil mis poemas.



Jaime Rázuri



Herman Schwartz